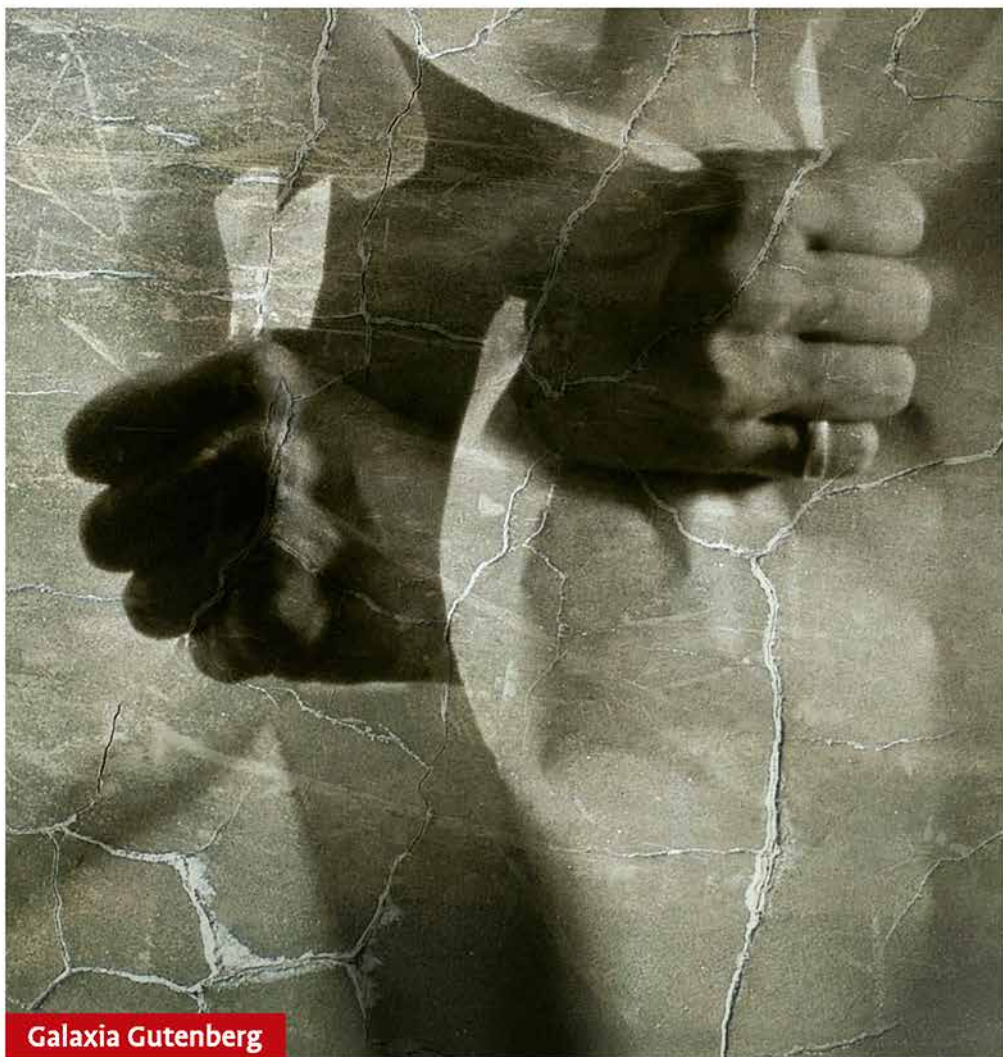




F. M. Dostoyevski  
**Crimen y castigo**

Traducción del ruso de Augusto Vidal



F. M. DOSTOYEVSKI

# Crimen y castigo

Traducción de  
Augusto Vidal

Posfacio de  
José Ovejero

Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *Prestupléniye i nakazániye*  
Traducción del ruso: Augusto Vidal

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2026

© de la traducción: Herederas de Augusto Vidal, 2026  
© del posfacio: José Ovejero, 2026  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 6615-2026  
ISBN: 979-13-88019-99-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Primera parte

### I

En una calurosa tarde de principios de julio, un joven salió del cuchitril que había realquilado en la callejuela de S. y se encaminó lentamente, como indeciso, hacia el puente de X.

En la escalera esquivó felizmente el encuentro con la patrona. El cuchitril del joven se encontraba debajo del tejado mismo de una alta casa de cinco pisos, y más que una habitación parecía un armario. La mujer que se la había alquilado, con derecho a comida y servicio, vivía más abajo, en la misma escalera. Cada vez que el joven salía a la calle, tenía que pasar forzosamente por delante de la cocina de su patrona; esta cocina daba a la escalera, y la puerta estaba casi siempre abierta de par en par. Al pasar por allí, el joven experimentaba una enfermiza sensación de temor, que le avergonzaba y le hacía fruncir el ceño. Endeudado hasta la coronilla con la casera, temía encontrarse con ella.

No se podía decir que fuese miedoso o tímido, sino todo lo contrario; pero, desde hacía cierto tiempo, el joven se hallaba en un estado de excitación y angustia rayano en la hipocondría. Se había replegado hasta tal punto sobre sí mismo y se había aislado tanto de los demás, que le producía aprensión la idea de cruzarse, no ya con la dueña de su casa, sino con cualquier otra persona. La pobreza le tenía abatido. Pero, últimamente, incluso su penosa situación había dejado de preocuparle. Se había desentendido por completo de las cuestiones del diario vivir y no quería ocuparse de ellas. En el fondo, no tenía

ningún miedo de su patrona, por más que ésta maquinara algo contra él. Pero detenerse en la escalera, escuchar las cosas desagradables de cada día, que le tenían sin cuidado; la insistencia en que abonara la pensión, las amenazas, las quejas y, encima, el tener que inventar disculpas, excusarse, mentir... No, era preferible escabullirse como un gato, procurando no ser visto por nadie. Esta vez, empero, al salir a la calle, hasta él mismo se sorprendió de haber temido encontrarse con su acreedora.

«¡Con lo que estoy preparando y tener miedo de semejantes pequeñeces!», pensó, sonriendo de modo extraño. «¡Hum!... Es cierto..., todo está en manos del hombre, y por cobardía deja que todo se le escape, sólo por cobardía... Es axiomático, no hay duda; resulta curioso. ¿Qué es lo que más teme el hombre? Un nuevo paso, una nueva palabra suya, eso es. Pero divago demasiado. He aquí por qué no hago nada; porque divago tanto. Aunque quizá la cosa sea que divago precisamente porque no hago nada. Ha sido durante este último mes cuando he aprendido a divagar de este modo, pasándome días enteros tumbado en un rincón y pensando... en las musarañas. Bueno, ¿por qué voy allí ahora? ¿Acaso soy capaz de hacer *esto*? ¿Acaso es serio *esto*? No lo es, ni mucho menos. Mas procuro consolarme por el gusto de fantasear, de entretenerme con unos juguetes. ¡Esto es, con unos simples juguetes!»

El calor de la calle era espantoso. El aire sofocante, la muchedumbre, la cal, los andamios, los ladrillos, el polvo y el especial mal olor tan conocido de los petersburgueses que no tienen medios para alquilar una casa de campo, todo sacudió de golpe, desagradablemente, los nervios ya alterados del joven. El insoportable tufo de las tabernas, muy numerosas en aquella zona de la ciudad, y los borrachos que salían por todas partes, a pesar de ser aquél un día de trabajo, coronaban el aspecto repugnante y triste del cuadro. En los finos rasgos del joven se dibujó durante un instante una mueca de profundo asco. Digamos, de paso, que tenía muy buena presencia, hermosos ojos negros, pelo rubio oscuro y talla superior a la

mediana, y era delgado y esbelto. Mas pronto cayó en profundo ensimismamiento o, mejor dicho, en un estado semejante al de la inconsciencia, y prosiguió su camino sin preocuparse de lo que le rodeaba, sin querer siquiera darse cuenta. De vez en cuando, balbuceaba algo entre dientes, lo que se debía a su costumbre de monologar, como acababa de confesarse. En aquel momento descubrió que sus pensamientos se enturbiaban y que estaba muy débil: hacía dos días que apenas comía.

Iba tan mal vestido, que otra persona, incluso acostumbrada a vestir mal, se habría avergonzado de salir a la calle en pleno día con aquellos andrajos. Ciertamente es que en aquel barrio resultaba difícil sorprender a nadie por el modo de vestir. La proximidad de la Plaza del Heno, la abundancia de ciertas instituciones y el carácter casi exclusivamente obrero de la población hacinada en las calles y callejuelas del centro de Petersburgo, salpicaban a veces el panorama general con individuos extravagantes, y hubiera sido sorprendente que alguien se extrañara de encontrar un espantapájaros como aquel joven. Pero en el alma del joven se había acumulado tanto despecho rencoroso, que a pesar de su susceptibilidad, a veces infantil, no le avergonzaba, ni mucho menos, salir a la calle con sus harapos. La cosa hubiera sido distinta si se hubiese topado con un conocido o un antiguo compañero suyo. No le gustaba encontrarlos. No obstante, cuando un borracho, al que llevaban en aquel momento por la calle, no se sabe por qué ni a dónde, en una enorme carreta arrastrada por un enorme percherón, empezó a gritar a pleno pulmón, señalándole con la mano: «¡Eh, tú, el del sombrero alemán!», el joven se detuvo de pronto y se quitó nerviosamente el sombrero: era alto, redondo, a lo Zimmermann, completamente desteñido, lleno de agujeros y de manchas, sin ala, ridículamente torcido a un lado, muy torcido. Lo que experimentó el joven no fue vergüenza, sino un sentimiento muy distinto, parecido más bien a la alarma.

—¡Ya me lo temía! —balbuceó turbado—. ¡Me lo figuraba!  
¡Esto es lo peor! ¡Cualquier tontería por el estilo, la pequeñez

más estúpida, puede dar al traste con todo! Claro, este sombrero llama demasiado la atención. Es ridículo y por eso llama la atención. Llevando estos harapos, lo que necesito es una gorra, aunque esté vieja y rota, y no un adefesio que nadie lleva, que se distingue y llama la atención a una legua de distancia. Además, se graba en la memoria. He aquí lo peor; lo recuerdan y ya tienen una pista. En estos casos es necesario pasar inadvertido siempre que se pueda. ¡Los detalles! Lo más importante son los detalles. Las pequeñas cosas son las que echan todo a perder...

No tenía que andar mucho; sabía incluso cuántos eran los pasos desde la puerta de su casa: setecientos treinta; ni uno más. Los había contado una vez que se dejó arrastrar por sus quimeras. Entonces no creía aún en sus devaneos, entonces sólo lograban irritarle por su monstruosa, aunque seductora, insolencia. Pero, al cabo de un mes, el joven comenzaba a ver las cosas de otro modo y, a pesar de sus cáusticos soliloquios acerca de su impotencia y su indecisión, sin darse cuenta y hasta sin querer se había acostumbrado a considerar como una empresa realizable su «monstruosa quimera, aun cuando no confiase todavía en sí mismo. Iba entonces incluso a verificar un *ensayo* de su empresa y, a cada paso que daba, la inquietud se apoderaba más y más de él.

Con el corazón en el puño y un nervioso temblor, llegó frente a una casa enorme, una de cuyas paredes daba a un canal, y otra a la calle de X. El edificio, dividido en pequeños pisos, estaba habitado por gente de todos los oficios: sastres, cerrajeros, cocineras, alemanes de ocupaciones diversas, mozas de partido, pequeños funcionarios, etc. La gente iba y venía sin cesar por sus dos portales y sus dos patios. Prestaban servicio tres o cuatro porteros. El joven se alegró mucho de no cruzarse con ninguno de ellos y se escabulló sin ser visto por la escalera de la derecha de un portal, una escalera oscura y estrecha, «negra». Él ya sabía que era así, había estudiado aquellos pormenores y le gustaban: en aquella oscuridad ni siquiera las miradas

curiosas eran de temer. «Si ahora tengo tanto miedo, ¿qué ocurriría si la *cosa* fuera de verdad?», pensó, a pesar suyo, al llegar al cuarto piso. Unos mozos de cuerda, soldados licenciados, le cerraron allí el camino; sacaban muebles de un piso. El joven estaba enterado de que allí vivía con su familia un funcionario alemán. «Así pues, el alemán se va; por consiguiente, en la cuarta planta de esta escalera, en este rellano, no habrá durante cierto tiempo más piso ocupado que el de la vieja. Está bien, por si acaso...» Llamó a la puerta de enfrente. La campanilla sonó débilmente, como si fuese de hojalata y no de cobre. En los pequeños pisos de semejantes viviendas, las campanillas *son* casi siempre así. Había olvidado el timbre de la campanilla y su sonido especial le recordó algo, le hizo ver claramente... Se estremeció; tenía los nervios excesivamente débiles. Poco después, la puerta se entreabrió, formando una estrecha rendija por la que la vieja inquilina miró al recién llegado con manifiesta desconfianza. Sólo se le veían los ojillos, que brillaban en la oscuridad. Al darse cuenta de que en el rellano de la escalera había mucha gente, se sintió animada y abrió la puerta del todo. El joven cruzó el umbral y entró en un oscuro recibidor, dividido por un tabique, detrás del cual había una exigua cocina. La vieja permaneció de pie, silenciosa ante el joven, interrogándole con la mirada. Era menudita, seca, de unos sesenta años de edad, de pequeños ojos agudos y malignos, y breve nariz afilada; llevaba la cabeza descubierta. Tenía muy untados de aceite los escasos cabellos rubios, en los que aún se veían pocas canas. Llevaba envuelto con un trapo de franela el largo y delgado cuello, semejante a una pata de gallina; a pesar del calor, se cubría los hombros con una chaqueta forrada de piel, raída y amarillenta; tosía y carraspeaba sin cesar. El joven debió de mirarla de un modo raro, pues en los ojos de la vieja reapareció la anterior desconfianza.

—Soy Raskólnikov, el estudiante; estuve aquí hará un mes —tartamudeó precipitadamente el joven, a la vez que se inclinaba, recordando que debía mostrarse amable.

—Me acuerdo, señor; recuerdo muy bien que estuvo usted aquí —dijo la vieja recalcando las palabras y sin dejar de observar con ojos interrogadores el rostro del visitante.

—Pues ya ve... Aquí me tiene por el mismo asunto —prosiguió Raskólnikov, algo turbado y sorprendido por la desconfianza de la mujer.

«Quizá sea siempre así y la otra vez no me diese cuenta», pensó, desagradablemente impresionado.

La viejecita permanecía callada, como si meditara; luego, se apartó y señaló la puerta de la habitación.

—Pase, señor.

La pequeña habitación en que entró el joven, empapelada de color amarillo, con geranios y cortinitas de muselina en las ventanas, estaba en aquel momento brillantemente iluminada por el sol poniente. «¿También *entonces* brillará el sol de la misma manera?» La idea cruzó de súbito la imaginación de Raskólnikov, quien dirigiendo una rápida mirada a la estancia a fin de estudiar y recordar, en la medida de lo posible, su disposición. No había nada especial. Los muebles, de madera amarilla, eran muy viejos y se reducían a un sofá con un enorme respaldo combado, una mesa ovalada delante de él, una mesita tocador con su espejo, entre dos ventanas, unas sillas adosadas a las paredes y dos o tres grabados sin valor, de marcos amarillentos, que representaban a unas jovencitas alemanas con pájaros en las manos. Nada más. En un ángulo, ante una pequeña imagen, ardía una lámpara. La habitación estaba muy limpia: habían sacado lustre tanto a los muebles como al suelo y todo relucía. «Es obra de Lizaveta», pensó el joven. No se habría podido encontrar ni un átomo de polvo en todo el piso. «Una pulcritud así sólo puede darse en las casas de las viejas mezquinas y viudas», prosiguió diciéndose Raskólnikov, y lanzó una mirada curiosa a la cortina de percal que colgaba ante la puerta de la segunda y diminuta habitación, donde la vieja tenía la cama y la cómoda y a la que él aún no se había asomado ni una vez. El piso constaba sólo de esas dos piezas.

–¿Qué se le ofrece? –preguntó la viejecita, entrando en la habitación y situándose frente al joven para mirarle cara a cara.

–Traigo un objeto que empeñar. ¡Mire!

Sacó del bolsillo un reloj de plata, viejo y aplastado, en cuya tapa posterior había un globo grabado. La cadena era de acero.

–Ya ha vencido el plazo de lo que trajo a empeñar la otra vez. El mes se acabó hace tres días.

–Le pagaré los intereses de otro mes; tenga paciencia.

–Eso de que tenga paciencia o venda el objeto ahora mismo es cosa mía, señor.

–¿Cuánto me da por el reloj, Aliona Ivánovna?

–¡Es que no me trae más que baratijas que no valen nada, señor! La otra vez le di dos billetitos por el anillo, y por rublo y medio se puede comprar uno nuevo al joyero.

–Deme usted cuatro rublos por el reloj. Lo desempeñaré, es un recuerdo de mi padre. Dentro de poco recibiré dinero.

–Si quiere, rublo y medio, pagando el interés por adelantado.

–¡Rublo y medio! –exclamó el joven.

–Como usted guste.

Y la vieja le devolvió el reloj. El joven lo tomó tan enojado, que iba a marcharse en seguida, pero reflexionó al recordar que no podía dirigirse a ninguna otra parte y que había acudido allí aún con otro propósito.

–¡Venga! –dijo con cierta grosería.

La vieja sacó las llaves del bolsillo y entró en la otra habitación, detrás de la cortina. Solo, en medio de la habitación, el joven prestó oído aguijoneado por la curiosidad y reflexionando. Oyó abrir la cómoda. «Probablemente es el cajón de arriba –se dijo–. «Por lo visto guarda las llaves en el bolsillo derecho... Todas en un manojo, en una anilla de acero... La llave de paletón dentado, tres veces mayor que las otras, no es de la cómoda, claro. La vieja posee, pues, algún cofre o algún pequeño baúl. ¡Es curioso! Todos los baúles tienen llaves de esta clase... Pero ¡qué vil es todo esto!...»

Reapareció la vieja.

–Bueno, señor. A diez kopeks por rublo al mes, ha de darme usted por rublo y medio quince kopeks, con pago adelantado. Además, por los dos rublos anteriores he de descontarle, también por adelantado, otros veinte kopeks. En total son, pues, treinta y cinco. Usted cobra ahora, por el reloj, un rublo y quince kopeks. Tome, aquí los tiene.

–¡Cómo! ¡Ahora me da usted sólo un rublo y quince kopeks!

–Así es.

El joven tomó el dinero sin discutir. Se quedó mirando a la vieja, sin apresurarse a salir, como si todavía quisiera decir o hacer algo, aunque sin saber exactamente qué era.

–Dentro de pocos días, Aliona Ivánovna, quizá le traiga otro objeto, una pitillera... de plata... muy buena... cuando me la devuelva un amigo mío...

Se turbó y no pudo decir nada más.

–Bueno, entonces hablaremos de ello, señor.

–Adiós... ¿Está usted siempre sola en casa? ¿Y su hermana?

–preguntó el joven, con la mayor indiferencia posible, cuando salieron al recibidor.

–¿Y qué tiene usted que ver con mi hermana, señor?

–¡Nada de particular! Se lo he preguntado porque sí, y usted ahora imagina... ¡Adiós, Aliona Ivánovna!

Raskólnikov salió profundamente trastornado. Su confusión no hacía más que aumentar. Al bajar la escalera, se detuvo varias veces, como si de pronto algo le sorprendiera. Por fin, ya en la calle, exclamó: «¡Dios mío, qué repugnante es todo esto! ¿Es posible? ¿Es posible que yo...? ¡No! ¡Es estúpido, es absurdo! –añadió con energía–. Pero ¿cómo se me ha podido ocurrir una idea tan horrible? ¡De qué bajeza no es capaz mi corazón! ¡Es vil, bajo, repugnante, repugnante!... Y yo, desde hace un mes...».

Pero ni con palabras ni con exclamaciones podía expresar la agitación que le turbaba. La sensación de repugnancia infinita que había comenzado a oprimirle y torturarle el corazón, cuando

se dirigía a la casa de la vieja, alcanzaba en aquel instante tal magnitud y se manifestaba con tal nitidez, que el joven no sabía dónde meterse para librarse de su congoja. Caminaba por la acera como si estuviera ebrio, sin ver a los transeúntes, chocando con ellos. Sólo volvió en sí al llegar a la calle siguiente. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que se encontraba cerca de una taberna, a la que se entraba por una escalera que llevaba desde la acera al sótano del edificio. En aquel preciso momento salían por la puerta del establecimiento dos borrachos que a duras penas lograban subir hacia la calle, sosteniéndose mutuamente y blasfemando. Sin pensarlo mucho, Raskólnikov bajó. Nunca había entrado en una taberna, pero en aquel instante la cabeza le daba vueltas y una sed abrasadora le atormentaba. Tenía ganas de beber cerveza fresca, tanto más cuanto que atribuía al hambre su repentina debilidad. Tomó asiento en un rincón oscuro y sucio, ante una mesita pegajosa, pidió cerveza y bebió ávidamente el primer vaso. Al instante se sintió aliviado y con la cabeza despejada. «¡Todo esto es absurdo! –se dijo esperanzado–. ¡No hay motivo para preocuparse! ¡No era más que malestar físico! Basta un vaso de cerveza, un trozo de galleta, y al instante se vigoriza la mente, se aclaran los pensamientos, se consolidan las intenciones! ¡Uf! ¡Qué mezquino es todo esto!...» A pesar de su salivazo despectivo, el joven tenía ya un aspecto alegre, como si repentinamente se hubiese librado de un peso terrible, y miraba con ojos benévolos a los presentes. Pero incluso en aquel momento presintió vagamente que su buena disposición también era morbosa.

Poca gente quedaba en la taberna a aquella hora. Aparte de los borrachos que había encontrado en la escalera, salieron después en tropel otros cinco individuos con una moza y un acordeón. Cuando se hubieron ido, el local pareció silencioso y despejado. Quedaron un hombre algo bebido, sentado ante un vaso de cerveza, un menestral por su aspecto, y un compañero suyo, borracho como una cuba, gordo, enorme, con una especie de caftán y barba blanca, que se había quedado medio

dormido en el banco, y de vez en cuando, repentinamente, como en sueños, hacía chasquear los dedos, extendía los brazos y, sin levantarse, imprimía rápidos movimientos a su torso, a la vez que canturreaba, esforzándose por recordar la letra, una canción insulsa, por el estilo de:

*Un año entero a mi esposa acaricié,  
un año entero a mi es-po-sa aca-ri-cié...*

O bien se despertaba de pronto y se ponía a cantar:

*En la calle de Podiácheskaia,  
con la otra me encontré...*

Pero nadie compartía su felicidad; su silencioso camarada acogía estas manifestaciones con cara de pocos amigos y hasta con desconfianza. Había además otra persona que, por su aspecto, parecía un funcionario retirado. Se mantenía apartado de los demás, con un vaso delante; de vez en cuando, bebía un sorbo y miraba a su alrededor. Parecía también algo inquieto.

# Índice

Primera parte .....	7
Segunda parte .....	107
Tercera parte .....	235
Cuarta parte .....	335
Quinta parte .....	429
Sexta parte .....	521
Epílogo .....	633
Posfacio <i>de José Ovejero</i> .....	655